

*En casa.*—La señora se viste en París; veranea en el extranjero, y los pocos libros que lee son franceses; los niños tienen *nurse* inglesa y aya alemana. Se escandaliza de las comedias españolas y no pierde representación de una compañía francesa.

*Fuera de casa.*—Es muy española: va á los toros y, aunque en menos cantidad de la que paga á su modisto de París, contribuye á todas las suscripciones patrióticas. ¡Oh! En esta de la bandera para el barco *España* no faltará su peseta...

El patriotismo de la distinguida Señora de \*\*\* es tan grande como su caridad. Ya lo dicen los cronistas de salones. ¿Tendremos razón para no tomar en serio su caridad ni su patriotismo?



## XXVII

Lyda Borelli ha representado en la función de su beneficio, *La dama de las camelias*.

Hay dos escollos casi inevitables para todo artista al representar una obra de estas, llamadas en el vocabulario teatral, cartilleras: uno, el de procurar una perfecta imitación del artista más admirado en la misma obra; otro, el de procurar por todos los medios no parecerse á ninguno de los que anteriormente la interpretaron.

Entre los dos peligrosos escollos, el segundo es quizás el más ocasionado, con encubrir más el peligro.

Para evitar por igual uno y otro, solo hay un medio: la absoluta sinceridad del artista. Lyda Borelli posee esta sinceridad. Nunca se advierte en ella, ni la copia de otras actrices, ni el deseo de no parecerse á ninguna otra. Y en Arte, aunque se advierta menos, hay un plagio más fácil que el ver-

dadero plagio: el plagio al revés. Aquí bien puede decirse, aunque parezca lo contrario, que media vuelta á la izquierda es lo mismo que media vuelta á la derecha. ¡Cuántos han vivido de eso en todas las artes; de dar á la izquierda las vueltas que otros habían dado á la derecha!

De los méritos de Lyda Borelli, superior á todas las actrices francesas que nos han visitado en los últimos años, aunque monsieur Le Bargy se moleste, han juzgado la crítica y el público madrileño con unánime aplauso.

*La dama de las camelias* es obra que se presta á consideraciones de interés. Pocas obras pueden demostrar como ésta que, en el teatro, como en todo arte, envejece cuanto es artificio, técnica, procedimiento, y sólo perdura lo que es vida y alma.

*La dama de las camelias* se cae de vieja por todos los sostenes de su armazón teatral. ¿Qué la mantiene todavía con juventud perenne? El aliento poético, que es como el cuerpo astral, perdurable en más elevado plano, al desmoronarse del cuerpo material.

*La dama de las camelias* tiene espíritu.

Por él vive y perdura y por él nos conmueve todavía. Ya no es la obra que se estrenó allá por los años de treinta. Era entonces una obra realista: hoy es una obra romántica; se ha espiritualizado. Por una alteración de valores, lo que entonces parecía más verdadero, los detalles que daban apariencia de realidad á la ficción poética, es lo que hoy nos parece falso. Lo que entonces pareció idealidad, poesía, es lo que hoy nos parece más verdadero.

¿No será así toda nuestra vida? ¿No será así lo mejor de ella, lo que no fué nunca? Y, ¿no será así, como al despertar de haber soñado, más vivo el recuerdo del sueño que el de nuestra vida real, antes de haber dormido?

¿Qué es el Arte, sino realidad soñada? ¿Qué valdrá la vida de los que no saben soñar su obra de Arte? Si sobre nuestra pasión y nuestra muerte no hay ascensión en cuerpo y alma, con la muerte habrá terminado todo.

Pero no hay ascensión posible sin espíritu, y el poder del espíritu es tanto, que él solo puede infundir nueva vida á un cuerpo

muerto, ó revestirse de nueva vida corporal.

Por eso viven estas viejas obras y vivirán todavía cuando muchas obras modernas, muy celebradas, hayan caído en el olvido, que es la verdadera muerte.

La obra de Arte sólo vive por su forma— hemos oído decir muchas veces;—el Arte es todo forma. Pero, ¿qué es forma? ¿Es algo tan exterior, tan superficial, que puede separarse de la obra sin que pierda nada en su esencia? Entonces hay que convenir en que nada vale. ¿Es algo tan uno con la obra, que la obra dejaría de ser si su forma se transformara en otra? Entonces hay que convenir en que la forma es algo más que vestidura ó vaso. Hay una forma que es el alma misma de la obra; hay otra tal vez que es el adorno del vestido ó la calidad del cristal en el vaso.

Esto que es todo exterioridad, importa poco. Lo que más envejece en las obras es lo que, en sus tiempos, parecía más estimable. ¿Qué duda que, lo mejor escrito, *lo que se llama escrito* en el *Quijote*, es lo que más ha envejecido?

¿Puede darse novela peor escrita, *lo que*

*se llama escrita*, que *Manon Lescaut*? ¿Dónde estarán las cinceladas páginas de Flaubert y de los Goncourt, cuando *Manon Lescaut* se lea todavía?

Sí, el Arte es todo forma; pero la forma de un espíritu, y el espíritu es lo que no envejece en ella; al contrario, como en nosotros y á nosotros, las va perfeccionando, las espiritualiza cada vez más, y la forma, lo que no era siquiera forma, sino algo así como adherencia grosera, suciedad del mismo trabajo, se desprende, se cae, se borra, sólo perceptible para el observador material, sin espíritu. Este sí, dice: «La obra está vieja, muy vieja.»

Y es que, sólo los espíritus se comunican con los espíritus, al través de todas las formas, hasta del tiempo y del espacio; formas también visibles y pasajeras de una obra de Arte, que es la eternidad del Espíritu.



Por algunas observaciones mías, respecto á la utilidad de los pájaros en beneficio de la agricultura, han supuesto dos distinguidos escritores, los señores Zozaya y Saint-Aubin, espíritus todo bondad, que yo era enemigo de los pájaros. Todo lo contrario: tan amigo soy que para amarlos y para protegerlos no tomo en cuenta para nada su utilidad. Son bonitos, vuelan y cantan; ya es bastante para justificar su existencia y merecer nuestro cariño.

Yo sé bien que los hay entre ellos muy útiles y beneficiosos; el labrador, con su buen instinto y su sabia experiencia, bien sabe distinguirlos y respetarlos. Pero, ¡hay otros!...—¡valientes bribones! ¡y son los más simpáticos!—otros, que sólo causan perjuicios y destrozos.

¿Ustedes saben lo que es tener un tejado en arriando para nidos de tordos? ¿Ustedes

Por algunas observaciones mías, respecto á la utilidad de los pájaros en beneficio de la agricultura, han supuesto dos distinguidos escritores, los señores Zozaya y Saint-Aubin, espíritus todo bondad, que yo era enemigo de los pájaros. Todo lo contrario: tan amigo soy que para amarlos y para protegerlos no tomo en cuenta para nada su utilidad. Son bonitos, vuelan y cantan; ya es bastante para justificar su existencia y merecer nuestro cariño.

Yo sé bien que los hay entre ellos muy útiles y beneficiosos; el labrador, con su buen instinto y su sabia experiencia, bien sabe distinguirlos y respetarlos. Pero, ¡hay otros!...—¡valientes bribones! ¡y son los más simpáticos!—otros, que sólo causan perjuicios y destrozos.

¿Ustedes saben lo que es tener un tejado en arriando para nidos de tordos? ¿Ustedes

saben lo que es un bando de tordos en un olivar? ¿Y mirlos y gorriones? ¿Y abejarrucos para los colmenares? Mas ¡son todos ellos tan lindos, tan graciosos! El abejarruco parece un pájaro americano, con su plumaje de gayos colores y su vuelo perezoso, ondulante. ¿Y la oropéndola, tan galana con su rico atavío aterciopelado, de negro, verde y oro? ¿Qué importa si más limpian los árboles de fruta, que de insectos y larvas? Sobre ser lindos ¿vamos á pedirles que sean útiles?

Siempre me ha parecido mezquina la interpretación de la Sabiduría de Dios, por la utilidad de todo lo creado. Tal animalito, dicen, es utilísimo, porque se come á tal otro. ¡Excelente explicación de la Divina Sabiduría! Con no haber creado al uno se hubiera ahorrado la molestia de crear al otro, si no tenía mejor justificación su existencia.

Con esta justificación de la utilidad inmediata, práctica, apenas pasaríamos del trigo y de los panaderos, acaso de la Guardia civil. Y, elevado un poco el espíritu, ni siquiera comprenderemos la necesidad del Universo. Como obra útil, la verdad, no es cosa.

Ahora, si lo consideremos como obra de Arte, como poesía, como explosión en belleza de una fuerza espiritual, que tiene su mejor justificación en su hermosura...

¡Horrendo! ¿No es verdad? Todo Estética. El Arte por el Arte. Y, ¿eso es todo? ¡La Creación como un soneto de parnasiano!

Quizás. Ved la admirable lógica de las palabras.

Estética termina en ética. Del mismo modo al término de la Belleza está el Bien siempre.

El lenguaje vulgar confunde de continuo la bondad con la belleza. ¡Qué hermosa acción!, dice de una acción buena. ¡Es un buen cuadro! ¡Son unos versos muy buenos!, dice de una hermosa pintura, de una hermosa poesía.

Si cuanto existe en lo creado no es todavía bastante bueno, es porque todavía no es bastante hermoso. Lo que vemos no es más que el plan de la obra; un borrador informe todavía.

El plan está en la mente divina y ha de irse manifestando en el espíritu humano. Dios no puede mostrarse en toda su perfección hasta que el hombre no sea perfecto. El

es el principio y el fin. Pero el principio y el fin sólo pueden identificarse por los medios. Entre la obra concebida y la obra realizada, ¡cuánta voluntad, cuánta inteligencia! Si no fuéramos tan curiosos de lo exterior; si nos recogiéramos dentro de nosotros mismos comprenderíamos mejor la razón de todo!

Interrogamos demasiado á los astros del cielo y perdemos la estrella interior, norte de nuestro espíritu. Como al pájaro azul de la felicidad, los niños, en el cuento de Mæterlink, buscamos á Dios por todas partes y olvidamos buscarle en nosotros mismos. Vamos perdidos entre el bullicio de las gentes y él clama en el desierto de nuestro corazón. Y no le hallamos por el afán de explicarnos su existencia, por el triste afán de hallar utilidad en todo; como en los pájaros... Dios es necesario, nos decimos. Como si dijéramos: Dios es muy útil. ¿Necesario? ¿Útil? ¿Qué importa?

Aunque picoteen voraces los guindos y los cerezos; aunque no limpien los árboles de insectos dañinos, yo amo á los pájaros porque son lindos y vuelan y cantan...

## XXIX

El público que silbaba, insultaba y ponía al torero en el trance de dejarse cornear por un toro de lidia dificultosa, cuando se salió con la suya y el torero, en una huida desgraciada, se rompió el tendón de Aquiles, como algunos espectadores creyeron que la contracción de dolor del torero era fingimiento y el retirarse á la enfermería, lo que suele llamarse alivio ó ventajilla, y en el colmo de la indignación, le arrojaron almohadillas á la cara descompuesta y al cuerpo desmayado, aquel mismo público se revolvió contra aquellos pocos espectadores más implacables y en poco estuvo que no ejecutara con ellos un *linchamiento*.

Así es el público de las plazas de toros; como esas mujeres histéricas que, cuando dos hombres disputan de palabra, ellas, con sus voces airadas, les incitan y azuzan hasta verlos pelear fieramente, y cuando uno de

ellos cae mal herido, se mesan los cabellos, se abofetean y arañan el rostro, se vuelven contra el agresor como perros rabiosos y caen por fin en convulsiones, sin pensar, que toda aquella tragedia pudieron ellas evitarla con una palabra de cordura.

Así, en la plaza, los bárbaros de las almohadillas arrojadas al torero, no eran otra cosa que el brazo ejecutor de la barbarie de todo el público.

Sólo se comprende la indignación contra los ejecutores, como un remordimiento. Y este remordimiento es una cobardía más de las que fermentan al calor de ese lamentable espectáculo, vergüenza nacional.

En esa fiesta, más ridícula que bárbara, ¡tan poca grandeza tiene su barbarie!, sólo hallan expansión los más bajos sentimientos colectivos: Volubilidad mujeril en el juicio, parcialidad por el torero preferido, ensañamiento hasta la crueldad con el del lado contrario, animadversión contra el que llegó á la celebridad, envidia á los que lograron enriquecerse al horrible azar de vida ó muerte; la cobardía del que llama cobarde, desde lugar seguro, al que arriesga su vida en lu-

gar de peligro; hasta la compasión, sólo despierta ante la sangre humana, es de la más baja calidad sentimental en este repugnante espectáculo.

He sido gran curioso suyo, nunca gran aficionado. Atentos sólo al redondel, todavía puede hallarse en él algún agrado. No niego el arte ni las bizarrias de algunos lidiadores. Y los admiro más en su lucha con el público que con los toros. Los toros no pudieron con aquel inteligente lidiador que fué *Guerrita*; el público sí pudo. Como podrá con los toreros de valor y de inteligencia que quedan todavía.

Dicen los enamorados del espectáculo que sin este calor apasionado del público perdería su mayor atractivo. ¡Pasión! Bien está apasionarse, pero como se apasionan los hombres, no como mujerzuelas de la vida, que es el modo de apasionarse del público de las plazas de toros; desde los que tienen su *hombre* y le disputan por el más gracioso y de mejores hechuras, aunque sea patizambo y desgarrado, hasta los que no dejan de mentar en toda la tarde esos atributos viriles, de que blasonan tanto las mujerzue-

las cuando creen pelear con ellos, cuando es por ellos por lo que pelean.

Con un público poseído de noble serenidad, apasionado por el espectáculo, pero desapasionado en sus juicios, consciente de su responsabilidad: aficionado, pero no envidiado; que diera á los toros el valor que se da á un esparcimiento, no el que se da á un sentimiento de nuestro corazón ó á una idea de nuestra inteligencia, con todo esto, las corridas de toros serían un espectáculo inofensivo, sin gran importancia ni transcendencia para la vida nacional. Como son deben avergonzarnos. Si el espectáculo no debe pagar culpas de su público, procure el público salvar el espectáculo. Si el espectáculo tiene de malo, lo que parece de malo en el público, debe suprimirse en él la ocasión de que ese público se manifieste. Si somos como en las corridas de toros, no hay que esperar remedio para nosotros. Si sólo somos así en las corridas, póngase pronto remedio.

Es inútil educar á un pueblo durante seis días de la semana, si al séptimo ha de mostrarse como se muestra en las plazas de

toros. Yo no soy enemigo de las corridas de toros, entiéndase bien. Soy enemigo del público de las corridas de toros. Ahora, si son las corridas de toros las que tienen la culpa de que ese público exista, venga pronto el Gobierno que se atreva á concluir con ellas.

Si el público ha de ser lo mismo, con ó sin corridas, bien está esa válvula de escape y de seguridad.

Lo triste es que ese mismo público sea el que asiste y toma parte en toda la vida nacional. Y lo mismo que á los toros, asiste á la política y á las artes y á todo lo que importa en España.

Por eso me ha contristado la carta que días ha recibí de Melilla, firmada por un oficial, defensor acérrimo de las corridas de toros.

¡Ay, señor oficial! Yo respeto su admiración por ese espectáculo que usted defiende en nombre del sentimiento patriótico. Pero la primera víctima de ese espectáculo es nuestro ejército. ¿No es su mayor desgracia que tenga para juzgarle un público de plaza de toros? Los mismos apasionamientos, la misma idea del valor, las mismas impaciencias, las mismas injusticias y las mis-



mas volubilidades y hasta la misma sensiblería que sobre la plaza de toros, pone ese público, que es todo un pueblo, sobre los campos de guerra.

Lo mismo que en la plaza, grita desde lugar seguro: ¡Al toro, al toro!, cuando el toro no está en suerte y con sus gritos compromete la vida del lidiador.

El desastre del Barranco del Lobo, otros muchos tropiezos y desventuras, ¿no fueron ocasionados por ese público de toros con sus chillidos y su destemplanza? Y, ¿no es él mismo el que pierde la serenidad ante el menor descalabro? Y, ¿no es él mismo el que pide temeridades sin saber lo que pide?

¡Ay, señor oficial! Si ese público es aborrecible para los toreros, que se juegan la vida por lucro, por vanidad, por afición á su arte, ¿cómo no ha de serlo para los que han de darla por la patria en cumplimiento de un alto deber y con grave reponsabilidad de no arriesgarla en vano, sólo por agradar á ese público de ¡caballos!, ¡caballos! ¡al toro, al toro! mientras él come naranjas ó bebe gaseosas, sin riesgo y sin conciencia?

## XXX

Al visitar la Exposición de Pinturas no atraen con tanta emoción mis miradas los cuadros triunfadores, los cuadros discutidos con apasionamiento, como los pobres cuadros arrinconados, los cuadros sin espectadores, los cuadros de que nadie habla, por los que nadie se acalora ni discute. Para muchos de ellos, ni la carcajada cruel ó la sonrisa burlona, por todo comentario al pasar.

Yo me detengo ante esos cuadros, ante los que sólo de tarde en tarde se detendrá el autor como ante el nicho de sus ilusiones, y sobre la pintura desdichada, de torpe ejecución y vulgar pensamiento, veo como aureola resplandeciente el amor que puso el artista en su obra: la veo, cuando en la quietud del estudio, parecía en su gloria de amor, más gloriosa que todas las obras premiadas.

Siento por ellas la compasión que me inspiran los niños raquíuticos, desmembrados. ¿Qué hará de ellos la vida, cuando les falte el cariño de sus padres? Y esas pobres criaturas nacieron de un amor, ¡y ya nunca sabrán del amor en su vida!

¿Qué burla, qué juego cruel es este de encendernos el alma con divinas armonías de Arte, que suenan á cielo en nosotros, y fuera son chirridos y discordancias?

¿De qué ascendencia proceden por atavismo estas vocaciones engañosas? ¿O de qué reencarnación triunfadora, al fin, son el anticipo balbuciente?

¿Son estertor de agonizante, ó vagido infantil?

Si esta larga vida compuesta de tantas horas cortas fuera toda la vida, la existencia más gloriosa sería un fracaso.

Esas malas pinturas sólo pueden ser la fealdad y el error de un momento.

Yo no distingo en una Exposición de pinturas modernas entre las buenas y las malas. La actualidad por sí sola es un fracaso.

Dentro de algunos años ¿no serán iguales todas estas pinturas? ¿Cuántas de ellas ha-

brán sido electas, para ser actualidad en unos cuantos siglos?

¡Son tan pocas las obras humanas consagradas por el Espíritu á la eternidad!

¿El Espíritu? ¿Y qué es el espíritu? Algo que está sobre la obra misma y, como el espíritu de Dios sobre las aguas, flota sobre la destrucción.

Ese algo, que es el nombre de un Leonardo de Vinci, superior á toda su obra, á sus frescos deteriorados, á sus cuadros perdidos, á sus estatuas destruídas, á sus inventos fracasados, á la Gioconda robada. Pero, el Espíritu de Leonardo, ¿no está sobre todo?

Hasta su nombre se perdería y sabríamos siempre que había existido un Leonardo de Vinci.

Cuando vemos muchas obras de muchos autores, ¿qué sabemos de ellos?

Grandes ciudades populosas no dicen tanto del Espíritu como algunas ruinas solitarias.

La estatua de la Libertad iluminando al Mundo, con potente faro, á la entrada de Nueva York, no deja tan hondo surco de luz en nuestras almas como una luciérnaga tem-

blorosa entre un rosal trepador, sobre las tapias de un jardín, donde soñamos en noches de estío amor y poesía, á la luz de una luna de oro.

De estas emociones sencillas va el alma atesorando su riqueza. Las que son lágrimas hacia fuera de nuestros ojos, son estrellas del otro lado, desde dentro del alma.

Así miro yo, en la Exposición de Pintura, los pobres cuadros, los cuadros fracasados, y sobre ellos veo acaso el Espíritu, que se obscurece en los cuadros triunfadores, los cuadros gloriosos...

Los pobres cuadros logran conmoverme. Los otros no han conseguido tanto.



## XXXI

No hay duda: para vergüenza nuestra, los jóvenes de ahora son más estudiosos que lo fuimos nosotros. Los exámenes no son para ellos la prueba terrible y azarosa de su des aplicación durante el curso. La juventud de ahora es muy estudiosa. Diríase que esta juventud ha nacido ya escarmentada. Saben que la vida es dura y hay que aplicarse sin perder tiempo.

¡Aplicarse! Quizás se aplican demasiado, y así no aprenden nada que no pueda aplicarse. No emprenderán ellos camino que no conduzca á parte alguna. No dijo por ellos Shakespeare: «La gracia del viajar es cuando no se sabe adónde vamos ni vamos á cosa que importe». Todos estos jóvenes viajeros saben adónde van y van adónde les importa.

Cualquier libro de sus estudios es para ellos el libro de sus destinos; de su *destino*

por lo menos, ya que lo de cobrar dos sueldos se va poniendo dificultoso.

Saben lo que estudian y saben para qué lo estudian.

Nosotros no éramos así. Si á cualquiera de nosotros nos hubieran preguntado lo que seríamos, no hubiéramos sabido contestar. Estos de ahora sí lo saben: éste sabe que será catedrático de tal asignatura; el otro ya sabe el empleo que ha de servir y de quién ha de obtenerlo. Porque al estudiar lo que necesitan, estudian también para conservadores ó para liberales. Saben que toda ciencia es infructuosa si no está bien orientada. La orientación es muy importante.

Nosotros, como éramos holgazanes, éramos revolucionarios. Sabíamos que los revolucionarios en España habían de holgar perpetuamente.

No teníamos los ojos puestos en ningún destino ni cargo determinados. Soñábamos los sueños nuestros de cada día; pero cada día eran unos sueños.

Yo me hubiera reído de quien me hubiera dicho: «Tú serás autor dramático». Y había escrito muchos dramas y comedias.

Ahora, hay joven que sin haber escrito ninguno ya tiene dispuesto lo necesario para que le representen el primero que escriba. Ha cultivado amistades de empresarios, actores y críticos, cuenta con un público de amigos incondicionales; cuando todo esté en sazón, no tendrá más que escribir la comedia... Lo demás, es perder el tiempo.

¿Leer á la ventura el libro que divierte? Nada de eso. Se lee el libro que puede servirnos, el de aplicación inmediata. Se aprende, cuando menos, para lucir lo aprendido con citas que revelan erudición y cultura, aunque á veces sean como el papel moneda, signo convencional de un valor que no existe en caja. Pero, en fin, todo es tener crédito.

Nosotros íbamos al azar de los senderos, y en el compañero de aventuras no veíamos al competidor que pudiera sacarnos ventaja. Él también iba descuidado como nosotros, sin prisa, sin objeto y por el camino en amigable charla, francas risas, regocijados juegos.

Los jóvenes de ahora van como *jockeys* en reñida carrera, sin perder de vista á los competidores. Hay que ganarles la cuerda á

todo trance. Se les empuja, se les derriba, si es preciso.

La amistad, como el amor, cuando no son medios, son obstáculos. Hay que administrar el corazón como la inteligencia. Nada inútil, nada que no sirva para algo.

Estos jóvenes dicen que no se puede perder el tiempo. ¡Y nosotros, en una hora de perderlo, nos jugábamos quizás toda la vida! Estos jóvenes saben hasta con quién han de casarse y los hijos que han de tener.

Sus virtudes son como sus vicios, de contención. Están sobre todo, y nada está sobre ellos. Para ser razonables en todo, no tienen ambición; la ambición es ilimitada; tienen aspiraciones. *La ambición se ríe de la muerte*, como dijo el poeta. Las aspiraciones no se ríen de nada. Ni siquiera de los políticos hueros. ¡Nosotros nos reíamos de Cánovas!

Hoy, cualquier político, que no serviría para descalzarle, tiene en torno suyo un coro de ángeles adoradores, como una Concepción de Murillo.

¡Estos jóvenes, que ya son conservadores ó liberales, á la edad en que nosotros jugábamos aún á justicias y ladrones!

¡Estos jóvenes, que ya persiguen una cre-  
dencial á la edad en que nosotros perseguía-  
mos á las modistillas!

¡Estos jóvenes, que ven llegar tranquilos  
el mes de los exámenes, porque saben la  
asignatura, como sabrán todas las asignatu-  
ras de su carrera y de su vida!

España será una gran nación por estos jó-  
venes. Ser una gran nación es algo muy se-  
rio, y sólo se consigue con gente muy triste.



Anselmo de Miguel ha tenido el buen gusto de no acudir á la Exposición de Bellas Artes. No es que censuremos á los que han expuesto en ella sus cuadros. Bueno ó malo, para muchos pintores, no hay otro medio de dar á conocer sus obras. Pero en aquella democrática aglomeración, como en todas las democracias, la fuerte individualidad se pierde en el conjunto de mediocridades.

Unos con otros, los cuadros se funden en un vulgar término medio. Como en el cinematógrafo, la rápida sucesión de imágenes, compone una sola. De los cuadros buenos y malos, sale uno de la Exposición con la idea de muchos cuadros medianos.

Estas Exposiciones reducidas, parciales, serán cada vez más apreciadas por los artistas y por el público.

En los salones del periódico *La Tribuna*

expone Anselmo de Miguel unos cuantos cuadros. Anselmo de Miguel, admirado desde los comienzos de su carrera artística por los entendidos en el Arte, no es muy conocido todavía por lo que se llama el *gran público*. Esta Exposición contribuirá grandemente á que lo sea.

Los cuadros de Anselmo de Miguel, entre otros méritos, tienen el distintivo de una gracia, que fuera impropiedad llamar elegancia, cuando por elegante se estima tanta afectada compostura.

No; esta elegancia que informa el arte de Anselmo de Miguel, es toda sencillez, como don natural; es ese noble señorío que suele hallarse en labradores castellanos y no lo gran aprender grandes señores, nacidos en palacios.

Es la gran hidalguía de Castilla, dulcificada por suavidades de Italia, como lo fué nuestra poesía con Garcilaso y Lope de Vega.

Anselmo de Miguel es un pintor de Renacimiento. No del Renacimiento, entiéndase bien. De aquel pasado, sería arcaísmo su pintura, y Anselmo de Miguel llega muy á tiempo.

Siempre es uno de su tiempo cuando es uno mismo.

Anselmo de Miguel es, ante todo, un admirable artista; luego, tan gran pintor, que puede permitirse la honradez de jugar limpio; no como otros pintores, que sólo en fuerza de fullerías á costa de la pintura, quieren parecernos artistas y pensadores.

Anselmo de Miguel sabe que sólo hay un medio de expresar nuestro sentimiento del Arte, expresarlo bien.

Para que los materiales medios de expresión, en toda obra artística, no lleguen á interceptar la luz espiritual que ha de animarla, sólo hay un medio: el más absoluto dominio sobre los materiales. Sólo en fuerza de ser un gran pintor, puede mostrarse que se es un gran artista antes que gran pintor.

Anselmo de Miguel expone varios retratos. Los retratos de Anselmo de Miguel, no tienen ese parecido de presente, pasmo de los allegados. Tienen el parecido de futuro; son como ha de ser el soneto, según Dante Gabriel Rossetti: lo momentáneo eternizado. Son la verdad poética de la leyenda,

sobre el incierto comentario de la Historia.

Cuando las obras de Valle Inclán se perdieran, su retrato por Anselmo de Miguel, hablaría del espíritu que inspiró las *Sonatas* y *Voces de Gesta*.

Otros retratos, con nombres que no responderán á ninguna historia, tendrán en su día una historia, más verdadera que la verdadera; como la Gioconda de Leonardo y como la Beatriz de Dante.

El pintor y el poeta abrasaron con la viva llama de su genio todos los documentos históricos. Así, una suprema espiritual armonía, dirá por toda una eternidad la historia del Universo.

Entre tanto, el Arte es la sola armonía.

En el Arte de Anselmo de Miguel, ya lo dije, como en las églogas de Garcilaso, las tierras de Castilla se templaron con los aires suaves de Italia.

En estos tiempos de peñas regionales, cuando tal vez no se concede una primera medalla por no promover discordias entre dos provincias hermanas, bueno es recordar que Anselmo de Miguel nos viene de Castilla, la olvidada, la exhausta.

### XXXIII

Ha muerto Strindberg, el famoso escritor sueco. La noticia de su muerte ha tenido menos resonancia de la que debiera. En España era poco conocido. Alguna de sus obras dramáticas ha sido traducida; ninguna se ha representado. No obstante, los dramas de Strindberg, con ser de ideas, como los de Ibsen, son más teatrales. Alguno de ellos, como el titulado *Simún*, drama rápido, en una sola escena, no desmerecería en nada, por lo concentrado y terrorífico, entre los del Gran Guignol.

Strindberg estudió medicina, hijo de médico. Escribió un original libro de Química, que es algo así como una Metafísica de la Química. Trabajó en laboratorios. Toda su obra literaria transcende á experimento. La primera obra fué una novela: *El salón rojo*. Sus obras culminantes son las dramáticas *Padre* y *La señorita Julia*.



En la primera se plantea el problema de la paternidad espiritual. La influencia de la madre sobre la educación del hijo llega á que el padre vea en su hijo un ser extraño en ideas y sentimientos; más extraño, con ser su propio hijo, que un hijo adulterino á quien él hubiera educado.

En la segunda, el problema es fisiológico. El que posee á una mujer por vez primera, aunque sea de un modo violento y brutal, imprime en ella para siempre dominio. La huella fisiológica no puede borrarse. Es más honda que la huella sentimental de un amor psicológico.

Strindberg fué un espíritu inquieto. Esta cualidad espiritual abunda más entre los hombres del Norte. Los meridionales fijan pronto su posición intelectual. Son más consecuentes, porque son más perezosos. Los meridionales no suelen enterarse de lo que piensan, hasta que hablan sin pensar, y entonces se van detrás de sus palabras. Es raro en ellos que de una convicción proceda un discurso; en cambio, ¡cuántas veces proceden de los discursos las convicciones! No se dijo porque se pensó; se piensa porque se

dijo. El que todos los días piensa, no puede decir todos los días lo mismo.

Strindberg fué anarquista, socialista, conservador, aristocrático y democrático. Fué descreído y creyente hasta el misticismo. Fué misógino, por ser fuertemente viril, y fué feminista, por ser fuertemente comprensivo. Por todo esto, fué admirado de todos, y por todos combatido. Todos creyeron contar con él algún día y á todos dejó defraudados.

Los partidos se lo perdonan todo al tonto que les sigue; nada perdonan al inteligente que se les escapa.

Son aves domésticas las que prefieren la segura pitanza del corral al libre vuelo azaroso. Lo mismo son los políticos consecuentes, de significación bien definida.

Esta es la desgracia de los partidos y de las sectas: sólo permanecen en ellos los tontos ó los cucos; los inteligentes y los desprendidos, como *van* siempre, no se quedan en ninguna parte. Ni siquiera en su patria, porque van hacia otra patria ideal. Son perturbadores siempre; su inquietud es perpetuo aguafiestas del optimismo.

De ellos se dice: ¡Lástima de talento! Porque no van por nuestro camino nos parece que van extraviados. Decimos que se pierden porque no quieren encontrarse con nosotros.

Y ya, ni en la vida ni en la muerte los encontraremos, pues que no supimos perderlos con ellos.

Strindberg fué quizás de estos talentos perdidos. A su muerte, muchos dirán en su patria: ¡Lástima de hombre! No porque no le tienen, sino porque no le tuvieron. ¡Lo que pudo hacer si hubiera sido de otro modo!

¡Siempre quisiéramos que los grandes hombres fueran de otro modo! ¿De qué modo? Como nosotros. ¡Gran vanidad! Y es que cuando los hombres superiores no nos parecen iguales á nosotros, ya no nos parecen superiores.



### XXXIV

José de Salaverría, uno de los pocos publicistas españoles que, al pasar á la República Argentina se ha enterado bien de lo que allí sucede y de lo que allí significamos, se lamenta, con muy buenas razones, de que seamos nosotros, los españoles, los más interesados en velar por la conservación de la lengua castellana en aquella floreciente República, como en toda la América que fué española, los primeros y más terribles corruptores de su pulcritud.

En efecto, aparte galicismos é italianismos inevitables, muchas de las voces y acepciones de palabras castellanas que allí nos sorprenden al significar cosas distintas que entre nosotros, son voces y acepciones muy castizas que allí se conservaron en su justa significación, y entre nosotros cayeron en desuso. Quien conozca bien el castellano hallará preciosas locuciones que nosotros per-